PRESENCIA

¿PUEDE SER PRESIDENTE DE LA ARGENTINA UN AGENTE COMUNISTA?

Los acontecimientos que se desarrollan en el área latinoamericana, y en especial en nuestro país, nos deben llamar a serias reflexiones. Los pueblos se encuentran hoy tan trabajados y envenenados por el virus liberal y comunista, que no ofrecen una estructura de resistencia sólida a un golpe revolucionario comunista. Esto ha quedado patentizado en Cuba, en la Guayana, y ahora en el mismo Brasil. Es cierto que en este país, felizmente por ahora, los acontecimientos no han concluído en un régimen comunista. Pero podrían haber terminado y pueden terminar en él en cualquier momento. Frente al comunismo, que es un régimen en manos de criminales audaces que lo imponen en forma sorpresiva y con métodos de eficacia infalible, no parece ofrecer el pueblo brasileño una voluntad decidida de lucha. Las capas populares creen engañosamente que el comunismo puede brindarles un bienestar que se les ha negado hasta ahora. Los grupos empresariales no tienen el menor sentido social y están entregados a la tarea de enriquecimiento fácil y a cualquier costa, descargando sobre las clases asalariadas un programa laborioso de desarrollo económico. Los militares se han dejado ganar en parte en forma demasiado peligrosa, si no precisamente por el comunismo, al menos por un democratismo y un engañoso legalismo, que les hace muy difícil ofrecer sostenida resistencia. Los católicos en general, y los sacerdotes en especial, se han alejado de las clases populares y se han puesto al servicio estéril de una burguesía frívola que anda a la caza de novedades. La mejor demostración del grado en que ha penetrado el comunismo y en que se ha debilitado la resistencia frente a él nos la da el binomio Quadros-Goulart, que ha triunfado en las elecciones presidenciales de hace unos meses. Quadros, filocomunista, que hace consistir su habilidad en jugar con el comunismo. Goulart, abiertamente comunista, que recibe directivas de Rusia y China comunista. Frente a un cuadro tan sombrío, no es aventurado vaticinar, y no a plazo largo, días muy difíciles.

En Argentina ¿cómo andamos?

Los acontecimientos que ha tenido lugar entre nosotros no deben darnos mucha tranquilidad. El proceso disolvente sigue su curso.

Cierto que nuestro país, a pesar de sus muchas deficiencias, ofrece una estructura social-política más sólida que el resto de los países de Latinoamérica. Cierto también que tanto los militares como los obreros se resisten con fuerza al comunismo y que ofrecen contra él una eficaz garantía. Pero esta ventaja está en cambio peligrosamente compensada por el divorcio que desde hace unos años se ha establecido entre militares y obreros. Nuestros militares han caído en el error y en la "trampa" de identificar "peronistas" y "comunistas", "obreros" y "comunistas". Y este error puede ser fatal. Primeramente porque es falso. Nuestros obreros, a pesar de los castigos sin cuento a que se los ha sometido desde la nefasta Revolución Libertadora y a pesar de la propaganda que entre ellos han efectuado los troskistas, no quieren el comunismo. Segundo, porque con ese error se los empuja al comunismo al solidarizarlos con él. Nuestros militares si no quieren cometer equivocaciones fatales han de acabar de ver que nuestros obreros son por lo menos tan argentinos como ellos. Hay que tratarlos como a tales y hay que buscar su colaboración, que es valiosa, en la lucha contra el comunismo.

Entre nosotros, el comunismo es introducido y propagado por la clase empresarial que quiere someter a condiciones de hambre a nuestro pueblo y que se hace cómplice del capital internacional en la entrega de nuestras fuentes de riqueza a los consorcios monopolistas mundiales. Es introducido y propagado por los sectores de la burguesía intelectual que desde las cátedras universitarias y secundarias envenenan a nuestra juventud. Es introducido y propagado por el gobierno que lleva una política hipócrita de máscara "conservadora" y "católica", que en realidad fomenta los focos de irradiación comunista y favorece el juego dialéctico por el cual el comunismo avanza rápidamente. El comunismo es introducido y propagado especialmente por el Presidente Frondizi y su equipo gubernamental que lleva una política en el plano interno y externo de desarrollo del comunismo. En el plano interno lo hemos registrado en nuestras editoriales anteriores. En el plano externo se ha puesto en evidencia en la conducción de las relaciones exteriores, sobre todo en el caso Cuba.

La tesis de la "autodeterminación de los pueblos" y el principio de "no intervención" consolida el comunismo de Cuba

Nuestros lectores conocen bien los hechos que han culminado con la sorpresiva entrevista del "Che" Guevara con el Presidente Frondizi. Hoy se sabe con certeza que el "Che" Guevara fue invitado por Frondizi. El "singular" personaje en que se ha convertido Arnaldo Musich, en nuestra Cancillería, actuó de agente invitante. Si, a su vez, Frondizi actuó "motu propio" o respondiendo a sugestiones de los Estados Unidos no hace al caso. Porque es notorio que los Estados Unidos. en especial el Departamento de Estado, lleva una política equivocada, de corte menchevique, que no ha de servir de ejemplar a ningún país que quiera de verdad asumir una política auténticamente cristiana. Por aquí falla todo el artificioso andamiaje del ex-Canciller Mujica por justificar la política argentina en el caso Cuba. En realidad, el ex-Canciller no practica siquiera la política "yankee" sino la que ejecutan los personeros de Rogelio Frigerio, el cual, a su vez, está consubstanciado con Frondizi, y tanto el uno como el otro a su vez, lo están con el comunismo. Estos personeros son en concreto Oscar Camilión, quien viene actuando en esta línea desde su puesto en la Embajada en Río de Janeiro, Arnaldo Musich y el ex-Canciller Carlos Florit. Sorprende verificar que estos tres personajes, conocidos por sus antecedentes anticomunistas se han convertido en una eficaz "troupe" filocomunista. Pero los hechos así lo revelan desde aquel intento de mediación por parte de la Argentina entre los Estados Unidos y Cuba. Para explicar este cambio habría que recurrir a diversos ingredientes tales como ambiciones personales, pretensión de "maquiavelismo" y admiración por el personaje dialéctico Rogelio Frigerio. Pero aquí lo "personal" no interesa. Interesa sí que el siniestro personaje comunista, Rogelio Frigerio, maneja la Cancillería y nuestras delicadas relaciones internacionales utilizando un equipo de apariencia anticomunista. El resultado está a la vista: el gobierno de Frondizi avalando en la medida en que los hechos se lo permiten al comunismo de Cuba. Nada más eficaz al respecto que el discurso del Presidente del 21 de agosto último.

En efecto; el régimen de Fidel Castro que actúa como agente del comunismo soviético-chino se ha apoderado como un intruso de la noble nación cubana. Para ello ha recurrido al engaño, a la mentira y al crimen que son los medios por los cuales se implanta y se puede implantar en un país el comunismo. Cuba es víctima de la secta comunista internacional. Este verdugo tiene bajo sus garras al pueblo cristiano de Cuba. ¿Qué hace el Presidente Frondizi frente a esta situación? Pues sustenta la tesis de que los pueblos tienen derecho a "autodeterminarse" y, en consecuencia, a adjudicarse el régimen y gobierno que más les plazca. Pero hay más. Arguye Frondizi que es ésta doctrina "occidental" y "cristiana". Tres errores en uno. Primero, el partir de un hecho falso, como es el suponer que Cuba se ha autodeterminado por el comunismo. Segundo, calificar de correcto el principio de autodeterminación en caso de que un pueblo adopte una posición antihumana y criminal. Tercero, denominar cristiana esta posición.

Con respecto al primer punto, es claro que Cuba es víctima de un régimen político que se ha implantado con el fraude y la fuerza. A base de la dialéctica imperialismo-antiimperialismo el comunismo ha levantado la bandera de liberación para someter a Cuba a la esclavitud soviética. De aquí el régimen del paredón que se ha impuesto de entrada. Con ello, se ha eliminado toda posibilidad de oposición ya que se ha hecho desaparecer físicamente a los que podían encabezarla. Con esta eliminación y con la implantación de un sistema represivo despiadado queda totalmente descartada la posibilidad de una reacción interna. Cuba sólo puede ser salvada del comunismo con una ayuda exterior. Pero,

¿de dónde recabar esta ayuda si se establece el falso principio de "autodeterminación" de los pueblos?

Este principio, sostenido por el liberalismo, es falso, al menos con el carácter absoluto que se le asigna. Un pueblo puede "autodeterminarse" a su propio bien y dentro de este límite la autodeterminación es legítima. Pero si un pueblo se autodetermina a su propio mal viola el derecho de Dios, el derecho del propio patrimonio nacional que no puede ser enajenado por una generación alocada y el derecho de las familias y ciudadanos que buscan en la sociedad la propia perfección. Si un pueblo comete la locura de autodeterminarse mal, es deber de solidaridad humana de los otros pueblos ir en ayuda y socorro del que ha cometido esta locura. Por encima de los caprichos y locuras en que puede incurrir un pueblo está la solidaridad de las naciones civilizadas que deben unirse a la prosecución de bienes humanos. Es claro que el deber de solidaridad no debe servir para que naciones poderosas atropellen a los débiles. Así vemos en nuestros días a la U. N. servirse de la fuerza internacional para atropellar a Katanga. Pero si se hace dentro de lo justo, la intervención es no sólo legítima si no obligatoria.

Obligatoria en el caso de Cuba no sólo porque lo requiere la salud de esa noble nación sino además porque lo exige la de los pueblos latinoamericanos que se van a ver expuestos a su contagio. Porque Cuba comunista constituye hoy un foco hediondo de pestífera lepra. O se elimina este foco, o dentro de breve plazo, toda Latinoamérica va a ser víctima de su contagio mortal.

Ya hemos señalado otras veces que Frondizi quiere hacer pasar su comunismo bajo una envoltura "cristiana". En su discurso del 21 de agosto apela una docena de veces a los principios "cristianos" de nuestra tradición y se atreve a invocar especialmente la doctrina que él llama de "la defensa de la soberanía propia" que sustentaría la "Mater et Magistra". Pero la soberanía que en la doctrina católica corresponde a los Estados, no es un valor absoluto, sino que está condicionado por el bien de cada Estado y aun entonces subordinadodo al bien más universal de los pueblos. Por ello, el *Syllabus* en la proposición 62 condena la proposición que dice: "Se ha de proclamar y guardar el principio que llaman de *no-intervención*". Y en la Europa cristiana un reino intervenía siempre en otro reino para restablecer los principios del orden cristiano internacional.

No puede ser Presidente de los argentinos un agente comunista

Azul y Blanco publicó en su oportunidad el prontuario policial del afiliado comunista Arturo Frondizo. Además quien actuaba como abogado del Socorro Rojo Internacional y escribía en el diario comunista "*La Hora*", allá en 1940 era un destacado comunista. Quedaba la duda de si aquel activista comunista de la juventud no se habría convertido. Pruebas de esta conversión nunca fueron exhibidas. Pero su mera existencia hubo de ser descartada cuando la actuación de Arturo Frondizi en la Presidencia. Supo entonces actuar con pleno conocimiento de las leyes dialécticas del materialismo histórico y llevar una sutil política en la que el comunismo no aparece por ninguna parte pero deja sus efectos marcadamente visibles en todas. Aquel plan que un alto jerarca del gobierno prometió poner en práctica el 23 de marzo del 56 en una casa de la calle Corrientes al 1200, delante de altos representantes del comunismo internacional, vióse realizado a la perfección. El caos, la miseria y la corrupción imperando en todos los ambientes para crear un medio propicio al desarrollo del comunismo. Las Fuerzas Armadas cada vez más anarquizadas. Pueblo y Ejército enfrentados. Iglesia comprometida frente al pueblo por un gobierno que le colmaba de favores. Y ahora último el Presidente apoyando de modo sutilmente hipócrita pero eficaz el comunismo de Fidel Castro y de "Che" Guevara.

La pregunta que tienen derecho a plantearse los argentinos es obvia: ¿Hasta cuándo han de soportar el oprobio de ser gobernados por un agente comunista? Dirá alguno, ¿y la legalidad electoral? Contestamos: ¿Puede haber ley superior al bienestar efectivo de la nación y del pueblo? ¿Es compatible este Bien con la guerra revolucionaria que practica, en virtud del comunismo al cual sirve, el ciudadano que está al frente de la Nación?

Presencia

ALEGATO DE UN SOCIO-PERIODISTA

A propósito de un nuevo libro de M. Duverger

No es nada infrecuente ver a intelectuales de talento empeñados en la tarea de amañar, con argumentos harto discutibles, un alegato que por lo menos dé color de verosimilitud a una tesis que es menester imponer a toda costa sin preocuparse demasiado por los fueros de la verdad.

Dentro de la amplia gama que en punto a tales alegatos ofrece la multiforme sofística contemporánea —desde el abogado al periodista— se destaca la utilización de la sociología, o mejor dicho, de su aparato técnico, para cohonestar ciertas actitudes políticas concretas y circunstanciales. ¿Cómo no habría de ser verdadera —políticamente verdadera— una postura práctica que se halla respaldada por la "ciencia" sociológica? Se explota así el prestigio que en vastos dominios de la llamada opinión pública inviste la "ciencia" —en este caso la de los fenómenos sociales— con el propósito de alcanzar un objetivo político bien determinado. Retórica de nuevo cuño, que en esta época tan deslumbrada por los términos compuestos precedidos por la palabra "socio" podría ser denominado "socio-periodística".

Cultor de este tipo resulta ser, a la postre, Maurice Duverger. Con su libro "De la dictadure" (París, René Julliard, 1961) pretende contribuir a conjurar el peligro que para el "statu quo" francés derivaría de las fuerzas armadas de su país, en el seno de las cuales se estaría gestando, en conexión con los sucesos argelinos, un plan revolucionario que incluiría la implantación de una dictadura. Y como cree menester persuadir a ciertos sectores de opinión francesa de que esta "amenaza" es la peor que pueda cernirse sobre el horizonte político, M. Duverger, profesor en la Faculté de Droit y en el Institut d'Etudes Politiques de París, va a buscar en la cantera "sociológica", y sobre todo en su repertorio de prejuicios e ilusiones de intelectual "progresista" y de "idiota útil" los materiales para su alegato.

El general Ch. de Gaulle y la Quinta República cuentan con un abogado "eficaz", que no es ciertamente el único en un "status" en que la "Alta banca y los trusts" pueden proveerse de eficientes procuradores.

Con lo dicho bastaría para desconocer al libro el valor que pretende encarnar, más en cuanto traduce una actitud que puede encontrar imitadores en Argentina, en donde sirve de fuente principal a publicistas vernáculos paleo o neoliberales, y en cuanto, por temor a la "dictadura pretoriana", como denomina con indudable intención descalificativa a la que montarían los militares revolucionarios, hace el autor concesiones muy graves al comunismo y a su dialéctica, será preciso llamar la atención del lector sobre ciertos aspectos de la obra que servirán para mostrar hasta qué punto la "construcción" de M. Duverger es gratuita y arbitraria, además de superficial e inconcluyente.

Un análisis de la obra resultaría incompleto si no se destacase, sobre todo, el suelo en que asientan las elucubraciones socio-polí-periodísticas de M. Duverger, ya que sólo en relación con ese fundamento cobran sentido las articulaciones de su "alegato".

No es la especialidad de M. Duverger la filosofía de la historia, pero, con todo, aparecen aquí y allí tesis suyas que pertenecen al ámbito de esa disciplina, y que, no obstante su incidencia sobre el tema real del libro —la amenaza de la "dictadura pretoriana" en Francia"—, no se detiene a justificar. Es indudable que pensar en política concreta, con un mínimo de profundidad, requiere una interpretación de la historia vivida y una previsión del porvenir, por lo menos del inmediato. Y por eso se le impone el problema del "movimiento de la historia" (pág. 114, 121, 141, 142, 171), al que a veces alude con la expresión por lo menos ambigua y tan poco afortunada, de "evolución natural" (p. 114, 184) o con la de "movimiento general de las sociedades" (p. 141) o con la de "marcha general" de éstas (p. 176). Tal movimiento "tiende a favorecer a la izquierda y a «défavoriser» a la derecha"... (p. 176). No se encuentran precisiones en ninguna parte del libro sobre estos dos términos tan discutidos, pero M. Duverger se las arregla para tornar odiosa a la "derecha" y simpática a la "izquierda"...

Si tal es la teoría de la historia de M. Duverger, puede descontarse que sus análisis del tema escogido, en la medida en que sean coherentes con aquélla, adolecerán de la endeblez de aquellas bases.

Por otra parte, este ensayo sobre "La dictadura" constituye el primer esbozo de una teoría general del poder (p. 203). Lamentablemente para el crítico de la obra faltan las necesarias referencias, no sólo a las ideas precisas en que se articula esta teoría, sino también las que conciernen a las teorías políticas y económicas del autor. Por ello adolece el "alegato" en contra de los militares franceses, de la base teórica indispensable para que las apreciaciones contenidas en él aparezcan investidas siquiera de alguna verosimilitud. Ello así, a no ser que con irreflexivo optimismo M. Duverger estime que con sus ya aludidas tesis sobre el "movimiento de la historia" y sobre el criterio para apreciar la evolución general de las sociedades y con unas pocas y someras ideas sobre legitimidad de los regímenes políticos ha apuntalado suficientemente sus conclusiones.

Para que pueda verse con mínima prolijidad en qué consiste el "pensamiento vivo" de M. Duverger en punto a política y a economía, será tal vez conveniente espigar algunos de los fragmentos que ha anticipado en este primer esbozo de su teoría del poder.

Ahora bien, entre estos fragmentos el lector, ciertamente extrañado con la comprobación, no encontrará una noción más o menos precisa de "dictadura". Parecerá sorprendente que un libro intitulado "De la dictadure" no brinde una delimitación del objeto que tematiza, pero es así. Hay, sí, mención incidental de ciertos rasgos que corresponderían a tal objeto; pero además de que estos rasgos no son siempre coherentes entre sí y sobre todo con algunas ilustraciones concretas, falta la noción total que los integre y articule.

En general, M. Duverger identifica "dictadura" y "tiranía", y emplea indistintamente ambos términos (p. 18-19, y passim), mas tampoco indica el sentido preciso del segundo, incurriendo así en una deplorable omisión.

Probablemente M. Duverger está encantado con su primer esbozo teorético sobre el poder, y en particular con su tesis sobre la legitimidad, pues ha de saberse que "bajo el ángulo de las creencias, la dictadura se define por su carácter ilegítimo" (p. 46). Como la "legitimidad no es más que un sistema de creencias, cuyo contenido varía según las épocas y los países", entonces "decir que un gobierno es legítimo... quiere decir solamente que la masa de los gobernados lo considera como legítimo" (p. 47-

48), en contraste con la dictadura, que "reposa esencialmente sobre la fuerza desnuda", y esto "los ciudadanos lo saben" (p. 47). Para ser la legitimidad "una noción fundamental de la sociología política", M. Duverger se ha tomado muy poco trabajo por dilucidarla bien. En efecto, ¿qué quiere decir "la masa de los gobernados"? ¿La totalidad de la población adulta? ¿La mayoría? Y en este último caso, ¿la mayoría absoluta? Todos estos interrogantes se imponen insoslayablemente, sobre todo cuando —aquí M. Duverger nos reserva otra sorpresa— con su estilo de abogado diestro en cautelas expresivas anota que si bien en el siglo XVII europeo la monarquía hereditaria era el gobierno legítimo y hoy en Occidente (?) la democracia basada sobre elecciones pluralistas es el gobierno legítimo, "parece que en Rusia soviética los ciudadanos consideran como legítimo un gobierno fundado sobre el poder del partido Comunista" (p. 47). ¿De qué ciudadanos rusos habla M. Duverger? Concretamente, ¿de qué proporción de ciudadanos rusos? ¿Sobre qué bases estadísticas apoya este sociólogo tal gravisima "parece que"? Por otra parte, el ejemplo ruso, tal como lo aduce M. Duverger, implicaría, por las inflexibles leyes de las inferencias lógicas, que a su juicio la dictadura que el partido Comunista soviético ejerce paladinamente en nombre del proletariado ruso no sería, en sociología política, una dictadura, pues no investiría un carácter ilegítimo. Que ésta no sea una interpretación antojadiza del pensamiento de M. Duverger lo demuestra otro pasaje, cuyo contexto habría que reproducir íntegramente. Para explicar la actitud de los intelectuales soviéticos, dice en primer lugar que "después de cuarenta años, el régimen se ha «legitimado»: no se trata ya más, exactamente, de una dictadura, en el sentido propió del término" (p. 165). ¡Sin comentarios!

Otra curiosa aplicación de su noción de legitimidad es el caso de Francia, país que "nunca ha estado tan cerca de un acuerdo casi general sobre los principios fundamentales (régimen democrático, economía mixta, «welfare state»); nunca, desde 1789, él había encontrado tal consensus" (p. 11). Tal sería, pues, el régimen legítimo, cuyos principios hay que inculcar a los militares franceses (p. 90). Pero —aquí el autor del alegato ha incurrido o en un exceso de sinceridad o en un inexplicable lapsus calami— reconoce en otro lugar de su ensayo que frente al golpe pretoriano del 13 de mayo de 1958 "en Francia, la población dejó hacer. *No levantó el dedo para defender un régimen que despreciaba...*" (El subrayado, por cierto, es nuestro). ¿En qué quedamos, M. Duverger? ¿En "consensus" era en el desprecio del régimen? ¿Dónde va a parar la legitimidad? ¿Dirá alguien que en los dos últimos años se ha formado nuevamente el consensus en torno a la democracia? Pero ¿cómo podría afirmarse esto si el propio M. Duverger no puede menos de reconocer que la crisis de los partidos —su desencuentro con los ciudadanos— es grave, que ella se exteriorizó en la caída de la Cuarta República y que "desde hace dos años y medio ningún progreso notable se ha cumplido para aproximar los partidos políticos y los ciudadanos. Los primeros continúan siendo marcos vacíos y vetustos, que los segundos no llenan" (p. 42)? Cabe preguntar: ¿esta crisis no es, acaso, síntoma inequívoco de la crisis del régimen? ¿El desencuentro con los partidos no es, en el fondo, desencuentro con los dirigentes políticos de la nación francesa?

A través de los dos ejemplos citados se recibe la impresión de que M. Duverger maneja con menos rigor del que fuera deseable su concepto socio-político de legitimidad y no se siente ligado por la coherencia, para no hablar aquí del respeto a los hechos, aspecto éste asaz delicado, sobre el que habrá que volver más delante.

Hay dos aseveraciones concernientes al orden económico que también sorprenderán al lector de esta nota. En la primera contrapone M. Duverger el capitalismo y el socialismo, en cuanto el primero es, por esencia, micro-económico, y el segundo, por el contrario, macroeconómico (p. 144). Esta contraposición está reñida, sin duda alguna, con todos los fenómenos de concentración de capitales y los de progresiva influencia sobre la vida económica en los planos nacional e internacional que exhibe la historia del capitalismo moderno. Con esto se vincula, por otra parte, una de las omisiones más importantes de la obra: el concepto de *"dictadura económica"*, que en el caso de Francia ha sido tan eficazmente denunciada por Henri Coston en su irrebatible libro "La haute Banque et les trusts. Les financiers qui mènent le monde", y que, como fenómeno contemporáneo, fuera ya aludido y condenado por Pío XI en su memorable encíclica "Quadragesimo Anno".

Y la segunda tesis que requiere ser destacada para percibir el trasfondo doctrinal del ensayo de M. Duverger, hace referencia a la propiedad privada. Con el objeto de fundar su discutible apreciación de que socialismo y capitalismo tienden a aproximarse expresa, con su habitual precaución de encabezar el enunciado con un "se sabe": "En todo caso, se sabe hoy que la propiedad privada de los medios de producción no es el único medio de asegurar la descentralización económica y la pluralidad de los centros de decisión" (p. 145-146). Texto que cobra todo su sentido si se observa que para M. Duverger "el verdadero problema consiste hoy no en el estatuto jurídico de las empresas, sino en el grado de centralización de las empresas" (p. 145). Compárese estas ideas tan someras con las finas y equilibradas tesis contenidas en los parágrafos 20 a 24 de la reciente encíclica de Juan XXIII "Mater et magistra" y se advertirá en qué peligrosa medida M. Duverger, progresista fiel al "movimiento de la historia" filomarxísticamente entendido, deja la puerta abierta a la Revolución. A esta negación de la importancia fundamental de la propiedad privada para un orden social humano se vincula la interpretación que M. Duverger da de la actitud del pequeño comerciante, del artesano y del pequeño campesino de su país, quienes al reputar que ser libre es no depender de un patrón, es organizar ellos mismos su trabajo, quedarse en sus casas y ser allí los señores, no "tienen conciencia de la «alienación» que resulta de la dependencia con respecto a la clientela y de las necesidades de la empresa individual" (p. 36). A ellos contrapone las generaciones nuevas "que han comprendido que un asalariado podía ser mucho más libre, bajo la condición de que su salario sea elevado, que disponga de descansos numerosos, que tenga garantías de empleo y que el poder de su patrón no sea arbitrario..." (p. 37).

Ha llegado ya el momento, después de estas alusiones a los fundamentos teóricos de M. Duverger, de ocuparse de sus distinciones sociológicas sobre las formas de dictadura. Hasta aquí el lector de esta nota, si la ha seguido con atención, habrá pensado para sí que al aterrizar desde el cielo teórico al dominio de la tipología contigua a los hechos, el ensayo tendrá más miga, en punto a rigor conceptual. Lamentablemente, debe desilusionarse por anticipado. No hay miga alguna de la que busca. No hay más que palabras para rellenar un alegato contra los militares — pretorianos reaccionarios. Las categorías son forjadas ad-hoc, es decir, precisamente para colorear de alguna verosimilitud esta tesis fundmental: "el peor régimen, el más dañoso en apariencia, es menos malo que la intervención de los militares en política" (p. 88-89). La dictadura de los "monjes soldados", como llama M. Duverger para diferenciarlos de los pretorianos mercenarios a los militares franceses a quienes hace blanco de sus ataques, es la más peligrosa de todas (p. 94). No lo dice M. Duverger, pero, de tener que escoger, él preferiría la dictadura del Partido Comunista, no obstante que lo que lo alarma en la de los monjes soldados es que sería establecida "por un ejército fanatizado... que se cree la encarnación de la verdad y el intérprete de la nación" (p. 92). Frente a éstos los angélicos dirigentes del P. Comunista, de bonhomía y tolerancia proverbiales, resultarán para M. Duverger harto favorecidos por el contraste... Es cierto que los "monjes-soldados" invocan para justificar su drástica intervención en política la necesidad de responder con medios eficaces y adecuados a la guerra subversiva y finalmente revolucionaria organizada y en curso de ejecución por los comunistas. Pero para M. Duverger esto del comunismo, por lo menos en Francia continental y extracontinental no pasará de ser una suerte de "cuco" para asustar al "sonsaje". Para este progresista cuya optimista candidez, de ser sincera, es algo más que inquietante, "el conflicto «capitalistas-socialistas» está superado, a pesar de su apariencia irreductible (p. 41) y sobre todo, el partido comunista francés ha cesado de ser revolucionario" (p. 65 nota 1 in fine). Tal vez le parecerá demasiado decir que ese partido ha dejado de ser comunista, lo que para sus dirigentes engendraría serios problemas con los soviéticos, poco dispuestos, claro está, a tolerar tamañas declinaciones de sus cofrades franceses. Mas estas son cuestiones atañederas a M. Thorez y no a nuestro socio-periodista. Este llega al colmo de su alegato, cuando declara enfáticamente (p. 66, nota) que nada muestra mejor el abandono de la actitud revolucionaria por el partido comunista francés que un cuento-ficción, publicado por el conocido intelectual comunista Roger Garaudy en noviembre de 1960 en el semanario del partido, en el que se esboza el régimen que los comunistas desean para después de la Quinta República: parlamentarismo con un gobierno de coalición entre comunistas, socialistas y republicano-populares. Ante esto hay derecho de preguntarse con mal contenida indignación ¿estima M. Duverger que todos sus lectores son imbéciles? ¿Es posible, a esta altura de los acontecimientos y después de las

SONETO

"In Diébus illis: Audivi vocem de caelo..."
(San Juan, Apoc. XIV-13)

Si sé que alguna vez llegará el día
De la Misericordia Soberana
¿Por qué me anega la corriente vana
En el vórtice cruel de tu agonía?

Si el terror al pensar la Parusía
Fruto es —lo sé— de la flaqueza humana,
¿Por qué mi vanidad se siente hermana
De esa "señal" vencida por María?

Corazón que me inquietas y me azotas
Destilando la hiel del sufrimiento
Límpiame todo el lodo de estas cosas.

De suerte tal que mis cadenas rotas,
Ante mi Dios inmole el sentimiento
Del estéril vivir con que me acosas.

Teresa M. Estevez Brasa

experiencias en serie de los comunistas para la toma progresiva del poder en los países que creyeron en la buena voluntad "democrática" de los discípulos de Lenín, que un universitario, por más socio-periodista que sea, pretenda vendernos de este modo la Torre Eiffel? Por otra parte, M. Duverger intenta tranquilizar también con respecto a Rusia con razones del mismo tenor: la Unión Soviética tiene como uno de sus imperativos esenciales la democratización (p. 166). Pero no se crea que es esta una mera exigencia normativa. Nada de esto. En nombre de la ciencia sociológica M. Duverger sostiene con firmeza que la democratización "se realizará necesariamente, por el hecho de que el funcionamiento de un país moderno exige la difusión muy amplia de una cultura superior, que nutre el espíritu de libertad" (ibid.). Nadie tiene que inquietarse mucho por el comunismo sea en Francia o en Rusia. Tout va bien, Mme. la Marquisse...

¿Y las distinciones sociológicas de marras? Son tres que se entrecruzan dando origen a su vez a nuevas formas. Las dictaduras son o estructurales o "coyunturales"; o sociológicas o técnicas; y por último, reaccionarias o bien revolucionarias.

Veamos la segunda distinción, pues la primera se reduce a contraponer las dictaduras en que las circunstancias particulares tienen función esencial, en ausencia de una verdadera transformación de las estructuras sociales, a otras —la mayoría— en que la coyuntura desempeña sólo el papel de elemento desencadenante (p. 21-22). La dictadura sociológica "corresponde a una crisis de las estructuras y de las creencias; es engendrada por la situación de la sociedad, sale de sus profundidades mismas, se podría decir: es endógena". En cambio, la dictadura técnica "es parasitaria, en el sentido biológico del término: es provocada por factores exteriores a la sociedad, o aislados en el interior de ésta, cuyo desarrollo tiene un carácter propio, autónomo, exógeno. En lugar de responder a las necesidades de la nación que las sufre, a las aspiraciones y a los deseos de una parte notable de su población, traduce las necesidades especiales del organismo particular que las secreta, los deseos y las aspiraciones de sus elementos, que son muy poco numerosos, y de ningún modo representativos. La dictadura pretoriana es una variedad —no la única— de esta dictadura técnica" (p. 19). A ningún lector medianamente exigente se le escapará el carácter artificial y gratuito de ambas caracterizaciones, que en algunos de sus matices expresivos y, sobre todo, en su misma contraposición denotan indiscretamente la inocultable intención práctica que las inspira. En primer lugar, ¿por qué se usan dos calificativos "sociológica" y "técnica"? ¿Es menos sociológica la segunda que la primera? Esto tiene tanto sentido como decir que una percepción es psicológica y una alucinación no lo es. Si el término "sociológica" conserva su significación obvia, no se ve por qué habría que aplicarlo al primer tipo de dictadura solamente. Lo mismo ocurre con el término "técnica": ¿qué sentido tiene su aplicación en el segundo caso? En segundo lugar, deben anotarse la indeterminación y la vaguedad de las expresiones usadas en la descripción: "la situación de la sociedad", "las profundidades", "notable parte de la población", etc. Para poner un poco de rigor en esto que se asemeja mucho a un galimatías, preguntemos: ¿la dictadura sociológica es engendrada por la sociedad total, por la mayoría, por una parte notable, etc.? En este último caso, ¿qué ha de entenderse por parte notable? Por otra parte, las "necesidades de la nación" a que alude M. Duverger, y que, por cierto, pueden no coincidir tal vez con las aspiraciones y los deseos de la parte notable de la población, ¿cómo se determinan y sobre todo quién las determina? ¿Necesariamente una mayoría? Y en tal caso, ¿en qué proporción con respecto al todo? ¿Acaso la mayoría accidental que apoya a uno de los partidos desacreditados y que representa apenas una fracción del país? No vale la pena prolongar este análisis, porque lo que cuenta en esta elaboración sociológica de M. Duverger es un motivo decisivo: para pensar la dictadura técnica tiene a la vista *su* imagen de la amenaza de los "monjes-soldados", según él aislados del país y extraños a las necesidades de éste. Entonces todo se entiende: el alegato requería esta distinción barnizada de "ciencia sociológica" y si no existía, había que creerla. De paso, y como quien no quiere la cosa se deja caer aquí y allí una maliciosa dosis de antimilitarismo, como las siguientes: "Los coroneles complotadores deberían meditar una situación económica llena de enseñanzas. El mercado mundial del coronel está saturado: la oferta de coroneles es netamente superior a la demanda, la que no parece susceptible de acrecentarse en un porvenir próximo" (p. 167). O bien "Suspender al general Massu, no afecta en nada la actividad nacional: es más bien benéfico para el país, encendiendo la esperanza en el corazón de varios coroneles y, por vía jerárquica descendente, en el corazón de un gran número de oficiales que piafan (sic) de impaciencia dentro de una carrera demasiado repleta" (p. 168).

No es más sólida la distinción entre las dictaduras "reaccionarias" y las "revolucionarias" (p. 108-109, y passim), cuya introducción parece responder al propósito de robustecer el alegato con la asignación, por una parte, de carácter reaccionario a toda dictadura pretoriana establecida en una país industrializado (p. 158) y con la indicación, por otra, del efecto frecuente de que este tipo de dictadura engendra, a saber la "revolución indirecta" o revolución por reacción (p. 109; p. 175-179). Quedan advertidos por M. Duverger los sectores a quienes quiera movilizar contra los militares: aunque éstos tengan muy buenas intenciones e incluso el "corazón puro", no pueden no ser reaccionarios Y los sectores anti-comunistas, deben saber que la dictadura militar traerá aparejada —¿por reacción contra los reaccionarios?— la maduración de la situación revolucionaria. ¿Quién podría dudar de lo que enseña la sociología? De donde se echa de ver que en estos casos esta disciplina es apenas un pretexto para objetivos no muy teoréticos que digamos, y que se la invoca sin que ella tenga arte ni parte en las tesis y las distinciones que se colocan bajo su patrocinio. Por lo demás, digámoslo de una vez por

LA CARTA DE

En el número 84 hemos expuesto cómo la política de "austeridad" que está en vigor en el país desde diciembre de 1958 no hace sino acarrea malestar económico en nuestra población sin que ofrezca ninguna ventaja. Al contrario, da base objetiva a una injusticia fundamental que una minoría privilegiada mantiene sobre una mayoría deprimida, injusticia sobre la cual opera luego con eficacia la dialéctica comunista. Esta situación del país aparece puntualmente censurada por el gran documento "Mater et Magistra", en que Juan XXIII establece las condiciones de justicia sobre las cuales deben desenvolverse las relaciones económicas de los pueblos.

El jueves 17 del mes pasado ha sido aprobada por la Asamblea de la Conferencia Interamericana Económica y Social lo que se ha dado en llamar la *Carta de Punta del Este*. Dicha declaración merece un comentario.

En primer lugar, debemos confesar que el enunciado teórico de la Carta es completamente inobjetable y reúne las condiciones que pueden satisfacer el espíritu más exigente. Decimos el enunciado teórico. Porque cuál haya de ser su aplicación no lo sabemos todavía, aunque lo tememos, ya que el actual equipo liberal que ha de aplicarlo no lo ha aceptado sino a regañadientes y está dispuesto sin duda a esterilizarlo.

La "Mater et Magistra" advertía que es deber de solidaridad de los pueblos con economía desarrollada ir en ayuda desinteresada de los pueblos con economías atrasadas. Podríamos añadir nosotros que es deber de justicia. Porque los pueblos de alto nivel técnico lo han logrado generalmente, al menos en parte, succionando las economías pobres. Vale decir, que han vendido caro sus productos industrializados y han comprado barato las materias primas de los países de economía primaria. No se ha cumplido en el comercio mundial la justicia que debe imperar en los términos del intercambio. No se ha observado lo que la ética tradicional prescribe respecto a la reciprocidad en los cambios y que los teólogos encerraban en la doctrina del *justum praetium* (v. Julio Meinvielle, *Conceptos Fundamentales de la Economía*, pág. 68-76). El mérito de la *Carta de Punta del Este* estriba en que reconoce este deber aunque invoque para su reconocimiento los falsos principios iluministas de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, de la Operación Panamericana y del Acta de Bogotá.

En ella los Estados Unidos, por su parte, se comprometen a ofrecer su cooperación financiera y técnica. A tal efecto, proporcionarán la mayor parte del financiamiento de por lo menos veinte mil millones de dólares, principalmente fondos públicos, que la América Latina requiere de todas las fuentes externas durante la próxima década para completar us propios esfuerzos.

Hay que reconocer asimismo el acierto de la *Carta de Punta del Este* en prestar la ayuda enunciada sobre "programas nacionales de desarrollo económico y social, amplios y bien concebidos, encaminados a lograr un crecimiento autosuficiente". Y añade: "que tales programas se apoyen en el principio del esfuerzo propio y del máximo empleo de los recursos nacionales, tomando en consideración las circunstancias especiales de cada país".

La ayuda exterior para toda la América Latina va a significar un veinte por ciento de las necesidades de ahorro. Y para la Argentina, que tiene un ingreso nacional de 15.000 millones de dólares, de los que ahorra en bruto 3.000 millones de dólares, va a necesitar una ayuda exterior por año de alrededor de 300 millones de dólares, ya que, siendo las necesidades de ahorro del país de 3.300 millones de dólares para asegurar una tasa de crecimiento de la economía de 2,5 por ciento anual "per capita", será menester un complemento exterior de un poco más del 10 por ciento.

Ha de reconocerse asimismo como un gran acierto de la *Carta de*

todas que la sociología jamás podrá decir *lo que hay que hacer* en política, sino a lo más indicar las posibilidades reales con las que hay que contar para la decisión. Permitirá un conocimiento de la situación, no el de los criterios regulativos de la decisión política. Mas el cauto M. Duverger elude cuidadosamente ocuparse de los límites de competencia de la sociología política, pues en tal caso tendría que descubrir su juego, y entonces resaltaría peligrosamente la endeblez de su alegato.

En el manejo de los hechos M. Duverger se muestra igualmente desaprensivo. Invariablemente lleva el agua al molino progresista, aunque tenga que distorsionar la realidad histórica concreta. Así por ej. en este mismo ensayo en que se sostiene que el régimen soviético se habría legitimado, se interpreta la guerra civil española en términos de lucha de un ejército —el de Franco— contra el pueblo español (p. 83, 87), y se declara luego que España y Portugal son las naciones más atrasadas de Europa (sic) y que lo son porque sus tiranos actuales de Madrid y de Lisboa (p. 190) no hacen ningún esfuerzo real para modernizarlas, ya que destruirían así uno de los fundamentos de su poder (p. 188)... A juicio de M. Duverger ningún otro dictador (o tirano, lo mismo da) alcanzó el nivel de masacre al que llegó A. Hitler (p. 24), a quien gratuitamente califica como dictador de derecha, "cuya dictadura fue sin ninguna duda la más violenta y cruel que la historia haya conocido jamás" (p. 133). El progresista M. Duverger, siempre benévolo para Rusia soviética, pasa por alto los siguientes cómputos de las masacres comunistas: guerra civil 1917 a 1921 de 12 a 15 millones; liquidaciones en cumplimiento de los planes de colectivización agraria: 10 millones; grandes purgas de 1935 a 1938: 3 a 5 millones; depuración después de la segunda guerra mundial: 2 a 4 millones; muertos en campos de concentración: 12 a 15 millones; ejecuciones y deportaciones en países anexados: 4 millones. Aun sumando los guarismos menores en cada caso, la cifra total no es precisamente muy alegre, sobre todo si no se comparte el optimismo progresista de M. Duverger. Al cual tampoco le harán mella las cifras de eliminaciones imputables a los chinos comunistas, ciertamente menores a las de sus primos rusos: por ahora 10 a 15 millones, pero que corresponden a un lapso más breve. La gente de Mao no debe de abrigar inquietud alguna por la diferencia en su contra en los guarismos y ha de decirse para su coleto con apacible sonrisa: tiempo al tiempo, todo se andará... Tampoco podía faltar en este alegato de M. Duverger una alusión al caso Mac Carthy en EE. UU.: "No está prohibido pensar que el retardo de la ciencia americana en 1960 en materia de cohetes y de investigaciones espaciales, resulta en parte de la perturbación profunda, en que siete años antes la caza de las brujas había sumido a los universitarios e investigadores de Estados Unidos" (p. 164-165). Ni una palabra siquiera de M. Duverger sobre la infiltración comunista en los organismos científicos de aquel país, p. ej. sobre el sonado caso del abandono de las investigaciones sobre bomba de hidrógeno, por consejo del judío Oppenheimer. De lo que se trata en este ensayo es de otra cosa: de allegar argumentos, cualquiera sea su valor, contra los "pretorianos". Ellos —tal es el sentido de la alusión a "la caza de las brujas"—, al repetir esta actitud cinegética, alejarán a los hombres de ciencia, quienes emigrarán, afectando así el nivel de desarrollo actual de Francia y sus posibilidades de progreso...

No es posible prolongar más esta nota, ya excesivamente extensa, pero enderezada a desmontar el alegato de M. Duverger, del cual pronto hallaremos ecos en nuestros círculos bienpensantes, entre ellos, en el "Panorama político" de La Nación y tal vez en algunos de sus editoriales, en el que hemos visto figurar su nombre como el de una autoridad doctrinal (?).

GUIDO SOAJE RAMOS.

PUNTA DEL ESTE

Punta del Este el punto 2 del título primero, que dice: "Poner los beneficios del progreso económico a disposición de todos los sectores económicos y sociales, mediante una distribución más equitativa del ingreso nacional, elevando con mayor rapidez los ingresos y niveles de vida de los sectores más necesitados de la población y tratar al mismo tiempo de que los recursos dedicados a la inversión representen una porción mayor del producto nacional". Este punto es muy importante, por cuanto tiende a poner remedio al error básico de la economía liberal que acumula la riqueza en una minoría privilegiada a costa de una mayoría que queda pauperizada. Es un punto que, si se cumple efectivamente, viene a satisfacer una exigencia fundamental de la "Mater et Magistra".

La *Carta de Punta del Este* señala luego una serie de puntos respecto a explotación y tenencia de la tierra, sistemas tributarios, supresión de privilegios, aumento proporcional del ingreso, aumento de viviendas económicas, salud pública, educación popular, mercado común latinoamericano, que si se lleva a la práctica en un esfuerzo sostenido y popular, ha de significar un efectivo bienestar económico y social de las vastas poblaciones de este continente.

Es claro que el éxito de este esfuerzo depende primeramente de un equilibrado programa nacional que contemple los recursos del país y su mejor aprovechamiento en vistas de una economía proporcionalmente distribuida. En esta programación han de participar todos los sectores sociales, también los obreros, que crean la riqueza nacional. Bajo este aspecto, la *Carta de Punta del Este* viene a dar cumplimiento a lo que sobre "El Estado y la economía" apuntaba Julio Meinvielle en su "Concepción Católica de la Política" (Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1961, página 136), y que es importante tener presente contra toda concepción liberal: "...teniendo en cuenta que, en razón del progreso de la ciencia y de la técnica, el desarrollo económico es altamente dinámico, el Estado debe, con el concurso de todas las fuerzas privadas, tomar la iniciativa en la elaboración de planes periódicos de desarrollo de la economía nacional para que ésta logre un alto nivel, en consonancia con el de los países más adelantados, para mejor bienestar de la comunidad".

A los efectos de la aplicación de la *Carta de Punta del Este* entre nosotros se ha creado un Consejo Nacional de Desarrollo, que va a ser presidido por el ministro de Economía. Nos parece bien la creación de este Consejo. Pero sus integrantes no deben ser elegidos, como se ha hecho, por el gobierno, sino que deben asumir una auténtica representación de todos los intereses de la economía nacional. La economía nacional y los planes de desarrollo que dentro de ella se elaboren no pueden funcionar con eficacia y en vistas del bien de la comunidad si no se otorga representatividad a todos los grupos que integran esa unidad económica. La *Carta de Punta del Este*, al quedar divorciada de los intereses reales de los grupos económicos y entregada a los manejos burocráticos de la "política", está expuesta entre nosotros a malograrse enteramente. Vamos a recibir dólares que, lejos de promover efectivamente nuestro desarrollo, se van a diluir, en el mejor de los casos, en el complicado rodaje de nuestra burocracia estatal.

Quedaría por último un grave e ineludible problema a resolver: ¿Cómo compaginar la aplicación de la *Carta de Punta del Este*, de contenido nacional y social, con el actual Plan del Fondo Monetario Internacional, de contenido internacional y antisocial? ¿Qué hará el equipo de economistas, comenzando por el ministro de Economía, de formación liberal, para poner en práctica un plan antiliberal? ¿No se corre el riesgo también por aquí de exponer al fracaso los enunciados de la *Carta de Punta del Este* teóricamente inobjetables?

PRESENCIA.

«MONITUM»

El Emmo. y Revmo. señor Cardenal Alfredo Ottaviani, Secretario de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, con nota del 18 de julio pasado, Prot. 310/61, se dirige al Emmo. y Revmo. Señor Cardenal Antonio Caggiano. Arzobispo de Buenos Aires, en los siguientes términos:

Para conocimiento y norma de Su Emcia. Revma. me apresuro a comunicarle las directivas dadas por esta Suprema Sagrada Congregación, acerca de la Confraternidad Judeo-Cristiana. Helas aquí:

1) "El mencionado movimiento aunque tenga por fin combatir el antisemitismo y defender, aún con el apoyo de los cristianos, a los judíos de injustas persecuciones, sin embargo en sus congresos y reuniones se ocupa también de problemas pedagógicos y se torna promotor de tolerancia religiosa y de igualdad perfecta entre las diversas confesiones religiosas. En el Congreso de Friburgo un relator sostuvo que se debe enseñar a los jóvenes a adoptar «una actitud *absolutamente indiferente*» con respecto a la nacionalidad, la raza y la religión".

"Por esto los Emmos. Señores Cardenales de la Suprema S. Congregación del Santo Oficio han establecido que para una eventual participación en congresos promovidos por la susodicha Asociación, los católicos deben atenerse a las disposiciones del «Monitum» del S. Oficio del 5 de junio de 1948 (cfr. A.A.S., vol. XL, 1948, pág. 257)".

2) "Los católicos, con tal de que estén debidamente autorizados por la Autoridad Eclesiástica competente, pueden tomar parte en las reuniones promovidas por la «International Council of Christians and Jews», *pero solamente como observadores*".

3) "No conviene que tal autorización sea otorgada a personas conocidas en el campo católico".

4) "Asimismo no conviene que las reuniones se tengan en locales de Institutos Católicos".

(Del Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires, septiembre de 1961).

¡ESCÚCHAME, SOLDADO!

CARTA III

Ahora vamos a hablar de un tema espinoso. Vamos a tratar de dialogar en voz alta, contigo camarada, del necesario frente nacional. Es sin duda el ejercicio más grato para desarrollar. Y también el más difícil, porque los términos con que debemos valernos, estan irremediablemente emponzoñados. Y aunque tú y yo, tenemos mucha culpa en ese emponzoñamiento, el reconocerlo nos declara, sin embargo, idóneos para la tarea. La vamos, pues, a abordar sin retacear franqueza ni empeño. Si te colocas —para empezar el diálogo— en el plano histórico argentino, advertirás sin mayor esfuerzo que desde el comienzo de nuestro quehacer se enfrentaron dos maneras de ver o de sentir la empresa emancipadora.

Unos proclamaron la vigencia de los principios, y en su consecuencia armaron un país legal, es decir, pretendieron construir la República sobre el basamento de recetas ideológicas, desconociendo la vigencia de una realidad a la que incluso intentaban destruirla violentamente. Creyeron, quienes fueron sus paladines más notorios, que el progreso era resorte de la legislación, y que por ende bastaba con dictar leyes en serie para inaugurar la vigencia de la civilización. Era —y en parte sigue siendo— la política de las frases. "Civilización y barbarie", "gobernar es poblar", "dogma socialista", etc., eran expresiones que, como lámparas de Aladino, resolvían, para los ideólogos, los tremendos problemas argentinos. Sostenían la vigencia de principios que eran los liberales, esparcidos por el mundo como resultado del triunfo clamoroso de la Revolución Francesa.

Eran esos principios de tal universal naturaleza, que su aplicación resultaba de tal suerte, que, al igual que una receta médica, curaba de cuajo cualquier problema político o social en cualesquiera área del mundo. Bastaba sólo con proclamar su vigencia para que el milagro quedara consumado.

Eso explica —nos explica sobre todo a nosotros, que tan poco sabemos de historia nacional— la sinuosa marcha seguida desde 1810 en adelante, no exenta de algunas inexplicables actitudes como la pretención de coronar un príncipe en la ciudad de Buenos Aires.

Los sostenedores de ese dogmatismo ignoraban el país real, con sus virtudes y sus defectos, con sus grandezas y sus miserias. Esa fué la razón del empeño de hacer el país de las luces y de los principios. Así se explica cómo Rivadavia pensaba en 1820 en crear una Academia de Canto en Buenos Aires mientras a 200 kilómetros de la ciudad se podía escuchar el inarmónico canto de los malones indígenas que asolaban nuestra campaña. Para un dogmático, en sus recetas no figuraba el indio; por lo tanto, el indio es una invención de la barbarie, que no concilia con la ilustración de la civilización.

De resultas de ello surge que la primera condición para la vigencia ortodoxa de los principios era sentirse solidario con todo el dogmatismo liberal que los sustentaba. Nacía así una suerte de adhesión a todos cuantos en el mundo se encolumnaron detrás de las banderas liberales. Quedaba así consolidada una especie de solidaridad mundial, lo que explica —a ti como a mí— el porqué de la frecuente intervención extranjera en nuestro medio político interno. Ello porque se partía de esta lógica estricta: si la civilización es extranjera y la barbarie nacional, la opción para los defensores de los principios no tenía dificultad ni problema, pues se partía de la base simplista —muy desarrollada por Sarmiento— que el progreso era inseparable del liberalismo, y la barbarie esencia del antiliberalismo. Lo católico, lo español, lo tradicional, eran las barreras del progreso, que había que remover. Alberti llegó hasta a sostener la necesidad de que cambiáramos el idioma español por el inglés, así como a propiciar que nuestras mujeres nativas fueran fecundadas por ingleses, para mejorar la raza.

El general Alvear, cuando en 1815 mendiga el protectorado inglés, o cuando el doctor Varela, en 1845, propicia la segregación de Entre Ríos y Corrientes, o cuando Sarmiento sustentaba, en ardientes artículos publicados en "El Mercurio", de Santiago de Chile, la exclusividad de los derechos chilenos a la Patagonia argentina, pertenecen al mismo grupo ideológico que el doctor Roca cuando en 1935 afirmaba en Londres que la Argentina es una parte del Imperio Británico, que el doctor Frondizi cuando se inclina reverente ante las exigencias del Fondo Monetario Internacional o que el capitán Alsogaray que mendiga dólares o francos suizos en cuanta capital existe en el mundo en condiciones de dar limosnas.

Para todos ellos lo vital es salvar el régimen y no a la nación, y en caso de disenso entre ambas concepciones, quien debe sucumbir debe ser la nación, para posibilitar así la salvación de los principios. Un ejemplo práctico —que por otra parte es actual para ti y para mí— te aclarará el concepto. Cada vez que algunos de nosotros somos arengados por nuestros superiores, oímos repetir hasta la saciedad que nuestra primigenia función es "respetar la Constitución de 1853". La trampa es visible. Respetar la Constitución, se me ocurre bien; pero agregar como frontera infranqueable de ese respeto y de esa defensa la de 1853, importa inmovilizar todo progreso político; porque si tú y yo sostuviéramos la necesidad de una reforma, se nos señalaría de inmediato como "bárbaros totalitarios". Tanto se nos metió eso en la cabeza, que con irresponsable impavidez derogamos en 1956 una Constitución, creando un precedente implacable en este país, en donde el precedente adquiere categoría de suma peligrosidad. Tanto se nos metió eso en la cabeza, que hoy nos gusta repetir en nuestras unidades y en nuestros documentos que somos el "ejército de la democracia", olvidándonos que somos el "ejército argentino".

Tanto se nos metió eso en la cabeza, que muchos son los que creen —algunos por ignorancia y otros por picardía— que el país ha nacido en 1853, al dictarse la Constitución Nacional, sin advertir que casualmente la época histórica de mayor envergadura y hasta de mayor gloria la ha vivido la nación casualmente antes de darse su estatuto legal, especie de protocolo del sometimiento nacional.

Una cosa, camarada, es la nación y otra el régimen político. Aquélla es permanente, porque no hay posibilidad de suicidio en ninguna nación. El régimen es transitorio, es anecdótico, es circunstancial. Depende de momentos, de ingredientes cambiantes conforme a hechos y episodios que aparecen y desaparecen en el devenir histórico. Sólo entre nosotros —un poco por ignorancia y otro por pereza mental— creemos que un país es sinónimo de un régimen de gobierno. Y por creer en ello es que hoy quedamos sin ubicación concreta, porque el país real se nos evade de los esquemas dogmáticos; de ahí que en nombre de la libertad y de la democracia contribuímos con nuestro mejor esfuerzo a la negación más rotunda en los hechos de ambas divisas. Nos parece vituperable el "paredón" cuando quien lo utiliza es Castro; nos parece angelical el mismo paredón cuando lo utilizamos nosotros contra el peronismo. El estallido de una bomba es terrorismo cuando el posible colocador del artefacto es un adversario, y nos parece providencial y digno de aplauso cuando esa bomba estalla en una concentración peronista. Se nos antoja vituperable la clausura de "La Prensa; en cambio, aplaudimos la de "Azul y Blanco". Una huelga que paraliza el país es tema de nuestra indignación, pero la paralización del país por colocar los tanques en la calle en resolución de un problema de ubicación de mandos se nos ocurre demostración de responsabilidad... y así podríamos señalar el divorcio entre lo legal y lo real, que nos está sumiendo en un marasmo de equívocos y de desprestigio.

La otra línea histórica es la que sanciona la vigencia inconmovible del país real. Es la línea de los caudillos, de las montoneras, de las puebladas tumultuosas y vocingleras. Quienes se encolumnaron detrás de ella miraron fundamentalmente a la nación de espaldas al río, en un esfuerzo de adecuar el progreso de la República a sus reales posibilidades. Son los que recusan las ansias centralizadoras de Buenos Aires, son los que destruyen los planes de las logias monárquicas de 1819, son los que inutilizan la Constitución de 1826, son los que sostienen la dignidad del país en los conflictos de 1838 en adelante, son con los que se solidarizó el general San Martín cuando afirmó no poderse admitir la postura de quienes por "injusto espíritu de partido se unen al extranjero para colocar a la República en una situación aún peor en que estaba durante la dominación española", agregando esta frase lapidaria que deberíamos insertar en el frontispicio de todas nuestras unidades, bases y buques: "Una indignidad así, ni el sepulcro la puede olvidar". Sin embargo, a ti y a mí nos han enseñado a olvidarlo y las plazas de nuestra ciudad están plagadas de monumentos de indignos.

La línea real es la de la vocación popular. No desdeña en bloque a los principios, sino que sostienen que estos son de aplicación en la medida de las posibilidades. No son enemigos del progreso, sino que persiguen lograr este sin mengua de la dignidad nacional. No odian a los extranjeros, sino que pretenden que éste acepte la vigencia de las leyes nacionales y no subordinar éstas al antojo del interés del "capital foráneo". Son fantásticos defensores de la integridad nacional partiendo del concepto —que debía sér rígido para hombres de armas— de que las fronteras de la Nación, no se discuten, sino que sencillamente se defienden. No creen en la infabilidad de las instituciones a las que por el contrario creen perfectibles.

Tuvo esta línea —y sigue teniendo, camarada— gran respaldo popular, y representa, en general, el anhelo de la mayoría. Esta línea fué en todo momento estigmatizada por sus adversarios y el argumento más utilizado desde antaño ahora es la de calificarla —en una demostración de petulante orgullo— de ignorante, bárbara, y hoy "grasa" y "cabecita negra".

Soy de los que creen que unos y otros han contribuído con sus errores y aciertos a la construcción de la República. Pero lo que no admito es lo que tanto a ti como a mí se nos ha enseñado, es decir, que sólo unos son buenos y los otros son malos, porque esa tesitura nos lleva a la situación actual de sentirnos solidarios con cuantos revistan en una determinada orientación y adversarios implacables de cuantos se alinean en las orientaciones opuestas. Esa táctica es de peligrosas consecuencias, pues nos acarrea las presentes dificultades, cual es la de tener que sentirnos solidarios, responsables y aun sostenedores de entidades y aun partidos políticos que interiormente nos repelen, pero que exteriormente tenemos que tolerar, porque se cobijan bajo la misma bandería política que hoy está de moda en nuestras conversaciones, directivas y prácticas.

Creo, al igual que tú, camarada, y al igual que muchos, que ambas líneas deben coexistir, como manera de asegurar el equilibrio político. Ese camino es el más idóneo para no caer en la vigencia exclusivista, que es una manera de practicar el extremismo. Te digo eso porque ahora estamos enfrentando ese peligro y aun esa posibilidad. Ni tú ni yo podemos ignorar una cosa cierta: la República no está mejor que en 1955. Debemos reconocerlo con honestidad, porque sin honestidad no hay la menor posibilidad de solución. Te debes convencer que no estamos mejor; estamos, en el caso de más benevolencia, igual. Todos los excesos que tú y yo pretendímos combatir se han repetido, corregidos y aumentados. Pero quiero que entiendas que eso no ha ocurrido porque destruímos al gobierno de Perón, sino porque al hacerlo, en lugar de seguir adelante retrocedimos 30 años. Volvimos a la vieja monserga: Salvar los principios a costillas de la nación. Y puedes imaginar a dónde

estamos desembocando. Un ejemplo te advertirá, camarada, nuestra irrevocable estupidez. Teníamos aquí instalada la fábrica de autos Mercedes-Benz; como era regenteada por Jorge Antonio, el general al que le tocó intervenirla se floreaba diciendo a quien le quería oír, que haría crecer pasto de un metro de altura entre las maquinarias modernas con que contaba el establecimiento. Así ocurrió, mi camarada, y la fábrica cerró sus puertas durante cinco largos años. En 1961, el fogoso subsecretario de Obras Públicas fué a Santos a comprar 500 unidades Mercedes-Benz, que pagó con fuertes divisas, para resolver —según dice— el problema del transporte urbano de Buenos Aires. Tú y yo conocemos otros casos, que, por no "echar más leña al fuego", es mejor silenciar.

Tenemos que ver todo esto claro. Perón no inventó nada, absolutamente nada. Todo lo encontró estructurado en el campo ideológico. No hizo otra cosa que aglutinar el enorme sentimiento popular que no había encontrado su canalización. En 1946, igual que ahora, la mayoría del país era incrédula, vivía aburrida de la politiquería y de sus frases; el país estaba como aletargado en medio del fraude y de la mentira. En 1946 hubo un despertar. Cuidado, camarada, con el despertar de 1961, porque puede estar iluminado al rojo. Tanto la llamada independencia económica como la soberanía política o la justicia social no eran más que expresiones que sintetizaban una prédica que tenía los más añosos antecedentes. Perón afirmaba una tontería cuando hablaba de una "Nueva Argentina", como ahora nosotros sostenemos otra tontería cuando gritamos a los cuatro vientos la existencia de la "Argentina liberada". La manía de aplicarle a la nación un adjetivo nos viene de lejos; y por venir de tan lejos, nos crea ingentes dificultades.

La primera es que ha creado la ruptura de nuestra continuidad. Cada cambio político —y a veces cada cambio de ministro— importa una especie de empezar de nuevo. Así es como el gobernante de turno se cree en la irrenunciable obligación de destruir en bloque todo lo existente antes de su advenimiento. La serie interminable de esqueletos de obras inconclusas es la mejor demostración del aserto.

La segunda dificultad radica en que esas sucesivas mutaciones han imposibilitado hasta el momento la formación de un espíritu y carácter propio, eso que denominaré "una conciencia nacional", lo que en la práctica queda traducido en la falta o en mengua del orgullo nacional. El episodio es de enorme gravedad, y tú y yo lo advertimos hasta en nuestras prácticas profesionales: el uniforme de las FF. AA. varía en función de la política de turno.

La tercera dificultad ya es de una consecuencia irreparable. La instalación de la política de turno importa la adhesión sin discusión posible de una dogmática económica siempre cambiante y que trae como penoso colofón la imposibilidad cierta de industrializar el país.

La cuarta es que los cambios políticos incluso engendran cambios educativos, así como variaciones en la interpretación histórica. Tanto a ti como a mí —como a miles de argentinos— nos ha creado una terrible confusión las clases de "doctrina nacional" de antes y las de "educación democrática" de ahora, máxime cuando —a ti te consta tanto como a mí— en muchos casos ambas estuvieron a cargo de los mismos profesores. Hemos llegado al ridículo de destruir testimonios históricos, como cuando demolimos la casa presidencial —dejando al presidente argentino sin habitación en la ciudad—, así como cuando arrancamos de cuajo el nombre de los camaradas que no nos agradaban de las columnas del patio interior del Colegio Militar. Mira el cuadro altamente torpe que ofrece el país en cuanto a su toponimia. Cada gobierno se cree con el derecho de cambiar nombres de pueblos, plazas y calles. Tienes ahora el caso de estos radicales. Todas las calles de la ciudad tendrán que denominarse conforme al procerato radical. Mañana, cuando gobiernen otros, se operará otro cambio, para alegría de la Guía Peuser.

En la actualidad, tanto los liberales cuanto los rojos proclaman la necesidad de someter al país a la tiranía de una dogmática prefabricada. La democracia liberal se ha identificado así con la libre empresa, con la libre concurrencia, con el antitotalitarismo, con el antidirigismo, etc. todas cosas que, aunque no las entendemos, se nos han metido hasta el tuétano. Pero a poco que te pongas a pensar, advertirás que esas identidades son de una irremediable falsedad, porque una cosa es la forma de gobierno y otra la manera de gobernar. El frente rojo, en cambio, ha hecho una identificación adversa: antiimperialismo, antiyankismo, anticapitalismo, anticlericalismo, etc., identificación igualmente falsa e igualmente equívoca.

La instrumentación de una política de hechos, más que de ideologías, permitirá enarbolar consignas diferentes, y además, en pequeño número, lo que conectará a la acción una táctica que permitirá adecuarse a los ingredientes del momento. Esa política de hechos tendrá que admitir la existencia de una fuerte vocación nacional. *Nada hay más importante que la Nación*. Es el interés de ésta y su supervivencia lo que aconsejará la conveniencia o inconveniencia de una receta determinada sin compromisos a priori. Una política de hechos tal vez puede exhibir defectos en orden a la vocinglería popular. Pero, camarada, no te alarmes, porque una cosa es la política en las plazas y caminos, y otra en el interior de los gabinetes.

Nuestro pueblo, como los de todos los países de Latino América —no lo olvides, camarada—, son profundamente nacionalistas. Tomo el término en su significado nobilísimo de amantes de su patria, de enamorados de su soberanía y de su vocación de no admitir intervenciones nocivas a su dignidad nacional. Esto te explica el porqué la denominada ayuda norteamericana encuentra tanta resistencia. Porque más que una ayuda es un sometimiento. Y esto te explica también el empecinamiento de casi todos nuestros políticos de aparecer como inconfundibles nacionalistas. Todos se aclaman y proclaman defensores, por ejemplo, del petróleo. Frondizi incluso escribió un largo libro sobre la materia, que en su hora sirvió a las mil maravillas para engañarte a ti y a mí. Pero todo eso no ha impedido a Norte América lograr la firma de los contratos que nos costarán mucha sangre en el futuro, no lo dudes, camarada. Todos los partidos se han rasgado las vestiduras con el problema eléctrico. Fué durante la administración de Aramburu, que en unas vísperas electorales se anularon las concesiones de CADE y CIADE, pero todos los partidos políticos con responsabilidad en el gobierno han permitido, consentido y contribuído para que CADE se transformara en SEGBA y para que CIADE obtenga la renovación de su concesión sin término. ¿Te das cuenta de cuánta habilidad despliegan los ideólogos para consumar el escamoteo? ¿Y te das cuenta del sucio papel que nos hacen jugar defendiendo los principios?

Nο es un secreto para ti ni para mí el sentimiento de animadversión que Norte América ha despertado en todo el continente. Sin compartir enteramente ese sentimiento, tú y yo sabemos que no es poca la culpa norteamericana en el evento. Nixon y Stevenson deben haber recogido pruebas acabadas de esa culpabilidad. No se trata de propiciar un tonto desafío. Pero tampoco se trata de propiciar un sometimiento. Tanto lo primero como lo segundo, ni tú ni yo lo queremos. Sin embargo, aquel sometimiento se nos mete de contrabando bajo las banderas de la libertad y de la democracia, de donde resultamos nosotros, paradójicamente, convertidos en soldados del sometimiento nacional aunque se nos denomine por doquier libertadores. Será tal vez por eso que en nuestros desfiles dejamos de tocar las marchas tradicionales y las substituímos por la marcha popularizada por la película "El puente sobre el río Kwai".

La línea liberal se implanta en nombre de los principios. Con el sometimiento viene la pauperización, de la que tanto tú como yo empezamos a ser víctimas. Si ese empeño no es detenido a tiempo, el porvenir nacional podrá ser sombrío y además —no lo olvides, camarada— rojo.

Hay, pues, urgencia en instalar una política de hechos. Ésta es la faena del frente nacional cuya instalación no debes perturbar. Mira que el adversario anda de prisa y ha visto, además —mucho mejor que tú y que yo—, que el único inconveniente para su éxito es casualmente el frente de que te hablo. Por eso se ha apresurado a proyectar la ley de la defensa de la democracia, instrumento que de paso le han hecho creer al país es una nueva imposición de las FF. AA. Una vez más la burla y la explotación de nuestra tonta ignorancia política.

Es mi deseo no te engañen —como ya lo han hecho conmigo y contigo— con invocaciones circunstanciales. La democracia liberal está resultando tan poderosamente débil para combatir al comunismo, que ya no vale la pena defenderla. Una democracia roja, podrás imaginarte qué puede significar. Sólo una auténtica democracia social-cristiana podrá evitarnos riesgos y disgustos. Pero a una democracia social-cristiana tienen interés de destruirla tanto los liberales como los rojos. Los primeros por egoísmo —el libe-

P R E S E N C I A

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Independencia 1194 — T. E. 26 - 3265

Dirige JULIO MEINVIELLE

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 10.—
Suscripción a 8 números .... $ 80.—

ralismo es el egoísmo hecho esencia—, los segundos por odio. Frente a ellos, la lógica, por una parte, y la necesidad por otra, reclaman un nuevo ingrediente en la política argentina. Porque, pese a quienes nos dirán lo contrario y aun nos inducirán, a ti y a mí, a imposibilitar la inauguración de esa política de hechos, resultará a la larga —y no lo dudes— el mejor y único remedio a nuestra angustia presente. Eso será, camarada, la penitencia más tenue que Dios Nuestro Señor impondrá al pecado de nuestra incredulidad.

Hasta la próxima.

MARIANO VILLANUEVA.

CRÓNICA PROVINCIANA

Los conservadores y el "complejo comunista"

Todos los argentinos estamos preocupados por solucionar los problemas que aquejan al país y tratar de conciliar, en una síntesis constructiva, los intereses, ideas, reflejos condicionados, miedos, esperanza y complejos en cadenas que nos bullen en el caletre, y podemos decir que los más interesados en lograr esta "clef de voute" que sea una maravilla de convivencia pacífica son los conservadores.

Indudablemente, para percibir el objetivo de la nueva política conservadora inaugurada en nuestra provincia, y que puede ser provisoriamente calificada como un "humanismo incluyente", se hace necesario un breve análisis fenomenológico de lo que puede ser el dispositivo anímico que fundamenta la inclusión integradora de todo aquello que "por ser humano" no resulta ajeno al P. D. N.

Por de pronto, en el fondo de todo buen demócrata nacional del nuevo estilo duerme su sueño juvenil: un socialista sepultado, pero no superado. Piensen los viejos argentinos que gustan de estas cosas y que sueñan, en los ratos de euforia intelectual, pasar de las milongas lloronas a un manual de sociología, que todo conservador, como consecuencia de la orfandad intelectual de nuestros colegios y de las ediciones baratas de Claridad, fué en su adolescencia un marxista modesto y un reformista que aprendió en las lides estudiantiles todos los "santo y señas" de la revolución, y que luego, como inevitable resultado de las complicaciones familiares y profesionales, maduró en los negocios, en los pleitos y en la fortuna, pero su inteligencia quedó definitivamente anclada en la buena época en que hacía rabiar al "viejo" y a "las tías" con sus desplantes marxistas.

Esta situación espiritual explica que haya sido en Mendoza, provincia conservadora, y no en otra parte, donde el acto de apoyo a Fidel Castro contó con una enternecedora garantía policial. El gobierno dispuso las cosas de tal manera, que los enemigos de la Revolución Cubana no pudieron atravesar el cerco de los uniformes para alcanzar, con manos protervas y reaccionarias, las venerables cabezas de los que han sabido mantener sus ideales de juventud y su apego al marxismo vivo de Fidel.

Marianetti agradeció con palabras elogiosas la labor policial que inaugura una era de paz entre comunistas y conservadores, y entierra para siempre —así lo esperamos— las negras sombras de la persecución que cayó sobre los comunistas durante los anteriores gobiernos demócratas nacionales. El elogio de Marianetti ha llenado a los gobernantes de legítimo orgullo y sienten como si hubieran sido provisoriamente absueltos de los pecados de codicia y abandono a las viejas banderas libertarias. Todavía este orgullo de policías modelos se siente reforzado por la innegable admiración que don Benito Marianetti ha sabido despertar en el alma conservadora como consecuencia de sus triunfos humanos y políticos, pues sin renunciar a ninguna de las legítimas adquisiciones a que tiene derecho un mendocino bien nacido: finca, buen estudio, casa, automóvil, excelente matrimonio y paternidad justamente acreditada, se ha mantenido fiel a sus ideales, y con un sentido del porvenir que supera ampliamente la imaginación conservadora, se ha asegurado el futuro para el caso, cada vez más seguro, de que salga rojo, sin echar a perder el presente, perfectamente garantizado por el "humanismo incluyente" y el "complejo bermellón" que enmohece los reflejos propietarios de nuestros lánguidos bodegueros.

Los comunistas y Amicana

Admito, no sé si contagiado por la atmósfera "humanista" que respiro, que todo el mundo obra de buena fe, y que los comunistas, con la mejor buena fe del mundo, pueden declarar nuestra cesantía en la tierra porque están convencidos de que ellos son el bien y nosotros el mal. Estas instancias maniqueas abundan mucho en los caletres de nuestros contemporáneos, sea comunistas o democráticos, y constituye un hermoso adobo para esa ensalada rusa de tópicos con que se ha inflado al sonsaje y se ha destruído las verdaderas jerarquías del saber y del obrar: Iglesia y Nobleza, para poner la dirección de la cultura en manos de los "managers" de los poderes secretos del dinero.

El ideal se ha logrado, no tenemos principios ni príncipes. Una inmensa muchedumbre de gaznápiros es dirigida por la prensa, la radio, el cine y la televisión de conformidad con las directivas plutocráticas de los poderes anónimos. El rebaño está listo, pero todavía quedan de pie, o de c. . ., algunas precarias jerarquías que dividen el poder: la propiedad privada, algunos capitales nacionales, varias industrias provincianas pertenecientes a personas con nombre y apellido, un par de curas y un par de soldados que creen en Jesucristo y rezan en español. Como un ataque frontal contra todas estas cosas podría hacerlas revivir, ahí están las ideas, los "slogans" y las cintas norteamericanas para ablandar, desjerarquizar, dividir, controvertir, inflar, encanallar e idiotizar.

No quiero entrar en los pormenores macabros de este proceso de delincuencia; todos los conocemos, y si algunos se engañan respecto a sus causas y a los remedios para curarlo, habrá que buscar en el desfallecimiento de nuestra vitalidad la explicación del engaño. Somos, sin lugar a dudas, un país en bancarrota, y el recurso a los usureros internacionales para atajar un desastre que nos concierne es el síntoma más evidente de nuestra postración moral.

Pero la buena fe es una cosa, y la falta de agradecimiento otra; el agradecimiento debe ser cultivado, y aun por los comunistas. Yo creo, con el corazón levantado por una esperanza rotariana, que si los comunistas mendocinos supieran agradecer a Norte América todo lo que hizo por ellos, no hubieran ido a los diarios con el cuento de que la rechifla a Castro salió de Amicana y que el buen "mascachicles" de turno haya podido organizar algo tan repugnante al espíritu democrático de la Unión y tan en disonancia con el lema de la Institución: Ten paz, haz bien. Si los comunistas insisten en crear tales infundios, pueden perder la oportunidad de lograr con los *yonis* el frente común del Anticristo, única esperanza parusíaca que sostiene el temple de nuestra burguesía dirigente.

Con el sólo propósito de elevar el ánimo claudicante de nuestra buena democracia liberal y abrir una perspectiva optimista a los católicos en procura de "estructuras socialistas", recordaré, a riesgo de ser monótono, los principales motivos de agradecimiento que los comunistas tienen para con Norte América:

a) Le deben la vida, la fe y la esperanza en el futuro. Sin Norte América no habría Nikita Jrushchov, como dice mi amigo José Constantino, y es realmente una lástima que no hayan designado Roosveltgrado a Berlín Oriental y Trumangrado a Buda-Pest, por ejemplo, para conmemorar los favores recibidos de estos dos grandes estadistas norteamericanos, que resultaron tan buenos servidores de Rusia.

b) ¿Leyó don Benito "El Americano Impasible", de Graham Green? Si ha visto la película, no vale. Los americanos compraron el libro y se desquitaron fabricando un folleto en el que, tal vez con el objeto de apoyar el avance del comunismo, deshonraron todo lo que se podía deshonrar. Con el nombre de Política del Americano Impasible se puede rubricar la entrega de China al poder soviético, la salida de los franceses de la Indochina y de la Cochinchina, y de los holandeses de Indonesia.

c) Los nombres de Corea, Suez, Hungría, Cuba, y no sé cuál es el último, son los jalones de esa entrega impasible que, so pretexto de una rivalidad aparente, el Tío Sam ha ido haciendo al Oso Glotón.

No queremos entrar en pormenores. Por lo demás, nuestra intención es bregar por el buen entendimiento de los pueblos. Si los yanquis importan el comunismo ruso y los rusos se entrenan en masticar Chewingu-Yung y abandonar la reaccionaria vodka por la Coca-Cola, se podrá admitir la entrada del "Readers" en el mundo soviético, y así tendremos una simbiosis armoniosa de cultura Amicana y digestión soviética. Marianetti podrá añadir a su ancho sombrero negro una rutilante camisa tejana, y si logra hacerlos entrar, un par de pantalones vaquero. La verdadera cultura es ósmosis, como decimos aquí los que queremos la paz.

R. CALDERÓN BOUCHET.

SUMARIO